



CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA
Secretariado Nacional de Liturgia

CELEBRAR Y ORAR EN TIEMPO DE PANDEMIA

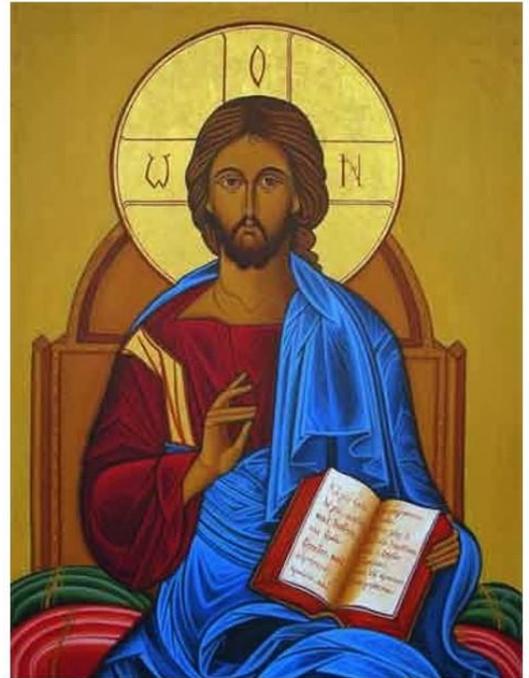
**Celebración para
los hogares**

**Solemnidad de nuestro
Señor Jesucristo,
Rey del Universo**

22 de noviembre de 2020



CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA
Secretariado Nacional de Liturgia



La siguiente es una guía para poder celebrar en nuestras casas, en este tiempo de pandemia, el domingo trigésimo cuarto del tiempo durante el año, Solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

Los textos que están en rojo (rúbricas) no son para leer en voz alta y tienen la función de dar algunas indicaciones sobre lo que hay que ir haciendo. De acuerdo a las posibilidades de la persona y/o grupo familiar se realizará todos o algunos de los momentos celebrativos propuestos.

Para preparar antes de la celebración:

- Un lugar cómodo que permita el recogimiento y la oración familiar.
- Un pequeño altar con los elementos que a la familia le son significativos: un mantel, una vela encendida, una cruz, la imagen de la Virgen María, etc.
- Una Biblia desde la cual se proclamará el Evangelio.

Iniciamos la celebración

Una vez reunida la familia en torno a la Palabra de Dios, se propone comenzar con el canto «Alfa y Omega» (D. Poli). Si hacemos click en el título de la canción podremos acceder a la versión cantada.

ALFA Y OMEGA

Alfa, Omega, Principio y Fin,
solo Él, sólo Él.

Alfa, Omega, Principio y Fin,
solo Él, sólo Él.

Lirio del valle, Estrella del Alba
Para siempre tu alabanza cantaré.

Lirio del valle, Estrella del Alba
Para siempre tu alabanza cantaré.

A Él sea la gloria, a él el honor,
A Él el dominio, porque Él es el Señor
A Él sea la gloria, a él el honor,
A Él el dominio, solo a Él.

Luego el adulto que guía la celebración (G) invita a todos a hacerse la señal de la cruz, mientras dicen:

Todos: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

G: Familia, bendigamos al Señor, que en su bondad nos invita a compartir la mesa de su Palabra.

Todos responden:

Bendito sea Dios, por los siglos.

Y continúa:

En este domingo, el día del Señor, reconociendo que necesitamos su perdón y su paz, manifestemos nuestro arrepentimiento:

Todos hacen un breve momento de silencio, y a continuación dicen juntos:

G: Rey de la paz y Santo de Dios. Señor, ten piedad.

Todos: Señor, ten piedad.

G: Buen pastor y juez justo. Cristo, ten piedad.

Todos: Cristo, ten piedad.

G: Imagen del hombre nuevo. Señor, ten piedad.

Todos: Señor, ten piedad.

G: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos: Amén.



Escuchamos la Palabra

Para preparar nuestro corazón para escuchar el Evangelio, vamos a cantar el salmo 22 (*Reigada / Facal*). Si hacemos click en el título del salmo podremos acceder a la versión cantada.

EL SEÑOR ES MI PASTOR

El Señor es mi pastor
que no me priva de nada,
en las praderas fresquitas
de pasto verde me sacia
y me lleva a los arroyos
donde el agüita es más clara.

Como una cuestión de honor
se preocupa de mi vida,
me lleva por buena senda
y me asiste en las fatigas
y yendo con él no temo
las quebradas más ariscas.

*El Señor es mi pastor,
nada me puede faltar,
nada me puede faltar.*

Saber que él marca mi rumbo
me sosiega y tranquiliza.
Él me brinda su confianza
hasta entre gente enemiga,
me hace sentar a su mesa
y en su copa me convida.

¡Qué lindo saber que tengo
su cariño y su alegría,
que siempre vendrán conmigo
a lo largo de mi vida,
y un día será mi casa
la casa donde él habita.

*El Señor es mi pastor,
nada me puede faltar,
nada me puede faltar.*

Habiendo marcado previamente el texto que se escuchará y puestos todos de pie, alguien toma la Biblia del altar familiar y proclama el evangelio de este domingo **Mateo 25, 31-46**. Si se prefiere se puede tomar el texto que transcribimos aquí abajo.

Del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

25, 31-46

Jesús dijo a sus discípulos:

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria rodeado de todos los ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas en su presencia, y Él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá a aquéllas a su derecha y a éstos a su izquierda.

Entonces el Rey dirá a los que tenga a su derecha: «Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era forastero, y me alojaron; estaba desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver».

Los justos le responderán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?»

Y el Rey les responderá: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo».

Luego dirá a los de su izquierda: «Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles, porque tuve hambre, y ustedes no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; era forastero, y no me alojaron; estaba desnudo, y no me vistieron; enfermo y preso, y no me visitaron».

Éstos, a su vez, le preguntarán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, forastero o desnudo, enfermo o preso, y no te hemos socorrido?»

Y Él les responderá: «Les aseguro que cada vez que no lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron conmigo».

Éstos irán al castigo eterno, y los justos a la Vida eterna.

Palabra del Señor

Reflexionamos en familia

Se puede hacer una reconstrucción del evangelio, con preguntas para dialogar en familia. Además, puede leerse la siguiente reflexión:

La escena del Evangelio de este domingo es impresionante.



Al terminar el ciclo litúrgico, en el que hemos hecho un recorrido por la vida, los milagros y enseñanzas de Jesús; se nos presenta el colofón de lo que será nuestra vida en el definitivo encuentro amoroso con Dios. Fin y finalidad coexisten en el cristiano. Cuando expresamos la finalidad de una cosa que hemos creado, por ej. una silla, remarcamos el “para qué” se hizo... también decimos su fin... “Para sentarse”. En nosotros el fin, Dios, y nuestra finalidad, “nuestro para que”, también nos definen en esta vida... y no hay que esperar la otra de brazos cruzados. Entonces, ¿dónde podemos poner el acento nosotros en la consideración de este Evangelio? ¿En el fin, o en su finalidad? Si sólo esperamos “ser juzgados” y medimos el temor que nos da la frustración de lo que “no hemos hecho” sería una lectura muy pobre... o por lo menos reductiva del Evangelio. Por el contrario, si descubrimos en los acentos que se van dando, donde Jesús nos grita que es lo que hacemos por los pobres, por los

pequeños, por los últimos, por los olvidados lo que, finalmente, hacemos por Él; me parece descubriríamos el “para qué” al cual estamos llamados; no trabajar tanto el temor de la frustración, sino descubrir lo invitante de la plenitud a la cual Dios nos llama. Para llegar a esa plenitud, “Vengan, benditos de mi Padre”, lo que decide no es la acumulación de obras y de actitudes, sino el encuentro y el reconocimiento de Jesús en la persona del prójimo. Esas serían las palabras que debieran taladrarnos el corazón de día y de noche. “Lo que hicieron por estos más pequeños, por mí lo hicieron”.

El Padre Hurtado, Alberto Hurtado, ese enorme santo jesuita chileno, que fundara entre otras cosas, el Hogar de Cristo, tiene muchas referencias a este Evangelio que rezamos hoy. Aprovechamos este domingo para que sea la misma voz del Padre Hurtado quien nos interpele hoy con respecto a lo que hacemos por Cristo. Es decir, a lo que hacemos por el pobre. Porque el pobre es Cristo.

Dice San Alberto Hurtado: “Cristo vaga por nuestras calles, en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes en la persona de tantos niños. Cristo no tiene hogar. ¿No queremos dárselo nosotros? Recuerden: ‘Lo que hagan al menor de los pequeños, a mí me lo hacen’, ha dicho Jesús.” Continúa el Padre Hurtado: “El prójimo, el pobre, en especial, es Cristo en persona. Insultarlo, burlarse de él, despreciarlo es despreciar a Cristo. Recuerden: ‘Lo que hagan al menor de los pequeños, a mí me lo hacen’, dice el Señor. Por eso”, seguimos también aquí a Hurtado, “hay que tener devoción por el pobre, porque ese pobre, ese niño, ese borracho, es Cristo. Amarlos, no avergonzarnos de ellos. Recuerden: ‘Lo que hagan al menor de los pequeños, a mí me lo hacen’, dice el Señor.” “No lo olvidemos,” nos interpela el Santo chileno, “la Iglesia es la sociedad de los pobres, es la ciudad construida para ellos. La Iglesia es una ciudad edificada para los pobres, es la ciudad de los pobres. Los ricos son sólo tolerados, pero la Iglesia es la Iglesia de los pobres. Y en sus comienzos, los ricos, al ser recibidos en ella, se despojaban de sus bienes y los ponían a los pies de los apóstoles. ¿Para qué? Para entrar en la Iglesia de los pobres.” “Grandes de esta Tierra”, dice Hurtado, “revístanse con sentimientos cristianos y miren con respeto a los pobres. Repito: ‘Lo que hagan al menos de los pequeños, a mí me lo hacen’, ha dicho Jesús. Que los detalles para dignificar al pobre sean lo más importante, que Cristo tenga menos hambre, menos sed, que esté más cubierto gracias a nosotros”, clamaba Hurtado. “Sí, éste es mi último

anhelo: que se haga una cruzada de amor y respeto al pobre. Porque el pobre es Cristo. Cristo desnudo, Cristo con hambre, Cristo sucio, Cristo enfermo, Cristo abandonado.”

¿Podemos quedarnos indiferentes? ¿Podemos quedarnos tranquilos? No. No podemos y no queremos quedarnos tranquilos e indiferentes. Queremos vivir en primera persona la construcción de esa Iglesia a la que nos llama Francisco en la actual encíclica “*Fratelli Tutti*”, a la que nos llama Hurtado, a la que nos llama Cristo. Una Iglesia pobre y para los pobres. Una iglesia que no pasa de largo ante la necesidad del hombre. Porque el pobre, no lo olvidemos jamás, el pobre es Cristo. Cuando llegemos al Reino, cuando llegemos al Juicio Final (recuerden que Mateo 25 es una parábola del mismísimo Juicio Final), serán los pobres, será Cristo en los pobres quien testifique a favor de nosotros.



Confesamos nuestra fe

G: Como familia de Dios vamos a expresar con alegría nuestra de fe diciendo:
«*Creo, Señor*»

Alguno de los presentes va proponiendo las fórmulas de fe, a las que todos responden.

Lector:

En Dios Padre, creador del cielo
y de la tierra...

Todos: «*Creo, Señor*»

Lector:

En Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen...

Todos: «*Creo, Señor*»

Lector:

En Jesucristo, que padeció bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos...

Todos: «*Creo, Señor*»

Lector:

En Jesucristo, que subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso,
y que desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos...

Todos: «*Creo, Señor*»



Lector:

En el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos, el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne y la vida eterna...

Todos: *«Creo, Señor»*

Presentamos nuestra oración

G: Unámonos en la oración común a nuestro Padre que ha puesto a su derecha a Jesucristo, Rey de los Reyes. A cada intención respondemos: *“Por Cristo nuestro Rey, te lo pedimos Señor”*.

Lector:

Para que la Iglesia renovada en la fe, la esperanza y la caridad anuncie con fuerza el mensaje salvador del Evangelio, recemos juntos...

Para que todos los laicos se comprometan con la construcción del Reino a través del anuncio y el testimonio en medio del mundo, recemos juntos...

Para que los que dirigen los destinos de los pueblos, pongan su mirada en los más pobres, los hambrientos, los sin techo especialmente en este tiempo de pandemia, recemos juntos...

Para que en nuestra sociedad descubramos que nuestros hermanos más necesitados son el mismo Cristo que está presente entre nosotros, recemos juntos...

Para que todos nosotros podamos vivir siempre el Reino del amor, la justicia, la alegría y la paz sirviendo al prójimo, recemos juntos...

Quien lo desee, puede agregar intenciones.

Después, quien anima la oración, dice:

Concluamos nuestra celebración en familia, diciendo juntos la oración que Jesús enseñó a los apóstoles: Padre nuestro que estás en el cielo...

G: Oremos.

Padre todopoderoso,
que has puesto a tu Hijo
como único rey y pastor de todos los hombres,
para construir así tu reino de amor;
alimenta en nosotros la certeza de que un día, vencida la muerte,
Él te entregará la obra de su redención,
para que seas todo en todos.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pedimos a Dios su bendición

Quien anima la oración, invocando la bendición de Dios, y santiguándose, dice:

El Señor nos bendiga,
nos defienda de todo mal
y nos lleve a la Vida eterna.

Y todos responden: Amén.

O bien:

Que nos bendiga y nos custodie
el Señor omnipotente y misericordioso,
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Y todos responden: Amén.

Podemos terminar la celebración cantando «Amemos con obras» (Zini). Si hacemos click en el título de la canción podremos acceder a la versión cantada.

AMEMOS CON OBRAS

Qué es tener hambre y qué es la comida
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que dar de comer al hambriento
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que dar de comer al hambriento
Amemos con obra y de verdad

Qué es tener sed y qué es la bebida
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que dar de beber al sediento
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que dar de beber al sediento
Amemos con obra y de verdad

Qué es tener frío y qué es el abrigo
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que ir a vestir al desnudo
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que ir a vestir al desnudo
Amemos con obra y de verdad

Qué es estar preso y qué es la libertad
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que ir de visita a los presos

Amemos con obra y de verdad
Tenemos que ir de visita a los presos
Amemos con obra y de verdad

Qué es ser forastero y qué es nuestra casa
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que hacerle un lugar al que llega
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que hacerle un lugar al que llega
Amemos con obra y de verdad

Qué es estar enfermo y que es nuestra salud
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que ir de visita al enfermo
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que ir de visita al enfermo
Amemos con obra y de verdad

Qué es honrar a los muertos y qué es nuestro cuerpo
Vivamos hermanos la caridad
Tenemos que ir a enterrar a nuestros muertos
Amemos con obra y de verdad
Tenemos que ir a enterrar a nuestros muertos
Amemos con obra y de verdad.





También podemos rezar alguna de las siguientes oraciones, preparadas especialmente para este tiempo de pandemia.

Invocación del Papa Francisco a San José

Protege, Santo Custodio, este país nuestro.
Ilumina a los responsables del bien común,
para que ellos sepan - como tú - cuidar a las personas
a quienes se les confía su responsabilidad.
Da la inteligencia de la ciencia a quienes buscan los medios adecuados para la salud
y el bienestar físico de los hermanos.
Apoya a quienes se sacrifican por los necesitados:
los voluntarios, enfermeros, médicos,
que están a la vanguardia del tratamiento de los enfermos,
incluso a costa de su propia seguridad.
Bendice, San José, la Iglesia:
a partir de sus ministros, conviértela en un signo e instrumento de tu luz y tu bondad.
Acompaña, San José, a las familias:
con tu silencio de oración, construye armonía entre padres e hijos,
especialmente en los más pequeños.
Preserva a los ancianos de la soledad:
asegura que ninguno sea dejado en la desesperación
por el abandono y el desánimo.
Consuela a los más frágiles,
alienta a los que flaquean, intercede por los pobres.
Con la Virgen Madre, suplica al Señor
que libere al mundo de cualquier forma de pandemia.
Amén.

Invocación a la protección de San José Gabriel del Rosario Brochero

Señor, de quien procede todo don perfecto,
Tú esclareciste a San José Gabriel del Rosario,
por su celo misionero, su predicación evangélica
y su vida pobre y entregada;
concede con su intercesión, la gracia que te pedimos:
por su entrega en la asistencia de los enfermos y moribundos
de la epidemia de cólera que azotó a la ciudad de Córdoba,
te pedimos por nuestra Patria y el mundo entero,
líbranos de la actual pandemia y de todo mal.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén